

No me esperaba yo, ni por asomo, al penetrar en la alcobita donde acababa de despertarse mi futuro cuñado, el buen músico, genial más bien que talentoso, Carlos de Sivry; no me esperaba, repito, en verdad, ver entrar, después de dar tres golpes en la puerta, a su hermana, o más bien a su hermanastra, pues era hijo de segundas nupcias. Serían como las cinco de la tarde, momento en el cual mi noctámbulo camarada tenía costumbre de pensar en levantarse, y yo me disponía, después de una conversación refe-

rente, si no me engaño, a alguna opereta en colaboración, a irme a esperarlo al café del Delta, que estaba allí mismo, para tomar el aperitivo, cuando, ya lo dije, entró ella sin hacer ruido, y luego hacía ademán de ir a retirarse, cuando Sivry le dijo, poco más o menos, las siguientes palabras:

—No te vayas; el señor es un poeta: es Verlaine, ya sabes.

—¡Oh! A mí me son muy simpáticos los poetas, caballero.

¡Tales fueron las primeras palabras de aquella boca, de la que yo había de oír tantos sí y luego tantos no, sin perjuicio de otras muchas cosas, ora buenas, ora malas!

Gustaba mucho de los poetas, por lo menos tal decía. ¿Qué responder a aquello? Nada evidentemente. Y eso fué lo que hice yo, contentándome con una inclinación de cabeza vagamente agradecida.

Luego, trabóse la conversación por esta frase de cortesía también, pero ya menos trivialmente cumplimentera.

—Mi hermano me ha hablado muchas veces de usted, y hasta me ha hecho leer versos suyos, que, quizá, sean demasiado... fuertes para mí, pero que de todos modos me agradan mucho.

¡Pobre muchacha! Creo que mis versos, los *Poemas saturnianos* del Leconte de Lisle, a mi

manera, salpimentado con Baudelaire a mi modo, y las *Fiestas galantes*, que justificaban grandemente su título, habían de parecerle a ella... duras de comprender, o más bien de adivinar. Sin embargo, esta vez había roto decididamente el hielo, y por primera vez también pude dejarle oír esta cox mía que, a su vez, había de arrullar tanto y vociferar tanto también en sus oídos... siempre asombrados, pues puedo decir con toda imparcialidad, serenada al cabo de más de veinte años, que la desventurada no me habrá comprendido nunca en su triste y burguesa vida.

Y yo le respondí:

—Es usted muy buena en verdad —y como algo de súbito habíase operado, sin embargo, en mí, agregué—: Pero espero poder hacer muy pronto versos que merezcan más el honor que usted se digna hacerles, a los míos que conoce...

Luego, a vueltas de algunas trivialidades sobre la lluvia y el buen tiempo, retiréme, después de recordarle a Sivry nuestra cita en el Delta, y me fuí de allí como encantado, tras un apretón de manos al camarada, y otro, lo más suave posible, a... a la amiga.

La amiga, sí; porque, ¿qué nombre darle a la que acababa de inspirarme de pronto, como un golpe de... alegría serena, aquella frescura que, trascendía toda a inocencia y sencillez? Y yo discurría, en tanto vagaba sin rumbo verdadera-

mente, mientras "mi bestia", dirigiase hacia el espantoso brevaie verde. ¿No sería una casualidad —yo no creía ya en Dios desde hacía un largo rato—; una feliz, inesperada e inesperable casualidad la que atravesaba a esa joven en mi camino malo, donde presentía que iba a perderme... sin ese ser casi de razón, que simbolizaba a mis ojos, ya marchitos por toda clase de vistas no buenas, pero todavía perspicaces, sin embargo, esa cosa casi impalpable, pero que se sabe que no ha de madurar sino en la mujer deseable, más bien con el corazón y el espíritu que con los sentidos demasiado exigentes, a la Virgen en la gloria rosada de su misterioso candor? Candor misterioso e inquietante; pero de una inquietud amable y que es, comparada con la falsa, con la culpable seguridad del libertinaje y sus adeptos, machos o hembras, la seguridad misma, lograda por el esfuerzo incesante de una buena conciencia y una voluntad, además, que sabe lo que quiere y puede.

... Tan hermosas consideraciones no tuvieron, naturalmente, ninguna sanción práctica inmediata. Lo cierto es, sin embargo, que aquel final de tarde, al sentarme ante los diarios ilustrados, que fueron y siguen siendo mi lectura favorita, y con gran asombro del bueno de Sivry, poco acostumbrado a semejantes espectáculos, no bebí ajenjo

C O N F E S I O N E S

El ajenjo había de tomarse después duros desquites, exactamente igual que la "virtud que abandonamos".